

# La Proporción Griega

Hagamos ante todo unos cuantos ejercicios de circo sobre conceptos estéticos.

Del equilibrio entre el tiempo y el espacio nace la proporción. Toda forma es subjetiva y objetiva, como se sabe. Lo que generalmente no se sabe es que en lo primero está encerrado el tiempo y en lo segundo, el espacio. Es el movimiento y el cuerpo de la forma. Lo uno depende de lo otro y constituye la expresión.

I.—Hay fuerza de expresión cuando la forma está dominada por la parte subjetiva, es decir, por el tiempo que la anima y le da vida. Es el caso del gótico, de la caricatura, de los muñecos de cuerda.

II.—Hay falta de expresión cuando la forma está dominada por la parte objetiva, es decir, por el espacio que la fija rigurosamente y la hace escueta, invariable. Es el caso de las figuras geométricas.

III.—Hay belleza de expresión cuando la forma está igualmente dominada por la parte subjetiva y objetiva, es decir, cuando el cuerpo y el espíritu de la forma se corresponden mutuamente, cuando el tiempo y el espacio se equilibran. Es el caso de los griegos, de la proporción justa.

Ahora bien, cómo diablos supieron los griegos todas estas cosas lindas y complicadas? Nadie mejor que ellos tuvo la evidencia de que la calidad de la forma, es decir, su belleza de expresión, estaba toda en las proporciones y que éstas dependían del balance perfecto entre el tiempo y el espacio. Anteriormente a ellos, nadie estaba al corriente de estas adivinanzas.

Sabemos que los griegos fueron los inventores de la inteligencia en la humanidad y que con este notable hallazgo se recreaban en la

creación de las formas perfectas, justas, proporcionadas. Sólo la inteligencia podía resolver ese sublime problema de igualdad entre tiempo y espacio.

Pero con inteligencia y todo los griegos no hubieran podido hacer nada sin las materias primas: tiempo y espacio. Luego había necesidad de un fuego especial que fundiese esos componentes. Ellos se encargarían en último término de la dosificación y de modelar el maravilloso producto para hacerlo clásico, orgánico, inteligente, lleno de razón y bello.

Grecia fué la gran usina de belleza en la antigüedad.

Examinaremos los componentes de sus productos, las materias primas: el tiempo y el espacio.

¿Dónde encontró Grecia al tiempo o más bien, a las formas que lo representaban aisladamente? En Egipto. No existe otra mina. La expresión de las figuras allí buscadas era tan subjetiva, que se volvían símbolos. Era puro tiempo. Esas figuras no representaban más que duración. Spengler dice que todas formas egipcias tienen un mismo sentido: el sentido del camino. Es la continuidad. Lo eterno. Lo infinito en el existir. Aunque Worringer dice que los egipcios no tuvieron la menor idea del camino ni de cualquier otra cosa profunda, no importa, Worringer está de acuerdo en que los egipcios querían durar de todas maneras pero sin mayores miras al más allá. Esto basta. Ahora que el arte egipcio sea "trop poli pour être honnête", eso no les podía interesar a los griegos, que vieron únicamente lo que les podía servir en esas formas hechas para ser eternas, aunque fuese estúpidamente.

Ya sabemos, pues, de dónde viene una de las materias primas en las fabricaciones de belleza griega.

Veamos la otra. El espacio. ¿Dónde encontraron el espacio?. ¿Las formas que lo representaban por sí solo? No hay mucho que pensar. El espacio está todo en Asiria. Esa fué la otra mina de los griegos. El arco, la bóveda, los terraplenes, los "sigurats" de los magos astrónomos, los músculos de sus dioses y la falta absoluta de preocupación por la muerte son todas formas espaciales puras y concretas. El tiempo no figura aquí para nada. No hay símbolos, misterios, ni gato encerrado para Worringer..

Toda Asiria es objetiva. Espacio.

Ya estamos en posesión de los dos principales y únicos componentes que tuvieron los helenos para llegar a hacer cosas bellas con la varita mágica de la proporción: formas de tiempo y formas de

espacio, separadas, desconocidas unas de otras, ilimitadas inconscientes, en bruto.

Falta ahora descubrir el fuego que funda esas formas. Ese fuego está en Persia. Los griegos ven llegar allí como a un crisol esas formas aisladas y producirse un chisporroteo de cosas y colores increíbles y barrocas. El calor persa anima extraordinariamente sus cristalizaciones y los palacios tienen columnas con caballos en sus capiteles, toros alados en sus entradas y cornisas egipcias en sus puertas. Es la ebullición desordenada de esas materias primas que se compenetran y forman productos rebosantes de vida hasta la locura.

Los griegos ya tenían todo para operar. Con una simple sugerencia de ellos, vieron sorprendidos surgir del crisol persa el célebre friso de los leones de Susa; egipcio en su corrección, asirio en su robustez, rítmico, sobrio, elegante, magnífico. El tiempo y el espacio se habían unido. Grecia no hizo sino equilibrarlos y apareció la proporción.

Ahora podemos ya explicarnos por qué los griegos dieron en el clavo de las formas bellas. No bastaba únicamente la inteligencia.

HECTOR VELARDE